

Acto de Bienvenida
Alumnos de tercer Curso de Licenciatura en Medicina – Grupo C
Universidad Complutense
Recepción en el Hospital General Universitario Gregorio Marañón
9 de febrero de 2011

Respetadas y respetados discentes, Italo Calvino, en sus *Seis Propuestas para el Próximo Milenio*, eligió seis valores o cualidades: levedad, rapidez, exactitud, visibilidad, multiplicidad y consistencia. Léanlo.

Para estos minutos que el Sr. Vicedecano, mi caro amigo Javier, me ha concedido, desde la gratitud y el compromiso elegí los míos: deber, trabajo, tempo, novedad, mestizaje y nombre.

Fernando Savater, en el imprescindible *El Valor de Educar*, para arrancar el Capítulo 1 —«El aprendizaje humano»— emplea un préstamo. En algún lugar, dice Savater, Graham Greene escribe: «ser humano es también un deber». Deber de respetar o la solidaridad con los demás. Aquellos rasgos de quienes han saboreado «la leche de la humana ternura», según la hermosa expresión shakespeariana. Es un deber moral llegar a ser humano de tal modo. Nacemos humanos, pero eso no basta; tenemos que llegar a serlo. ¿Recuerdan a Píndaro?: «llega a ser el que eres».

De igual modo, matricularse, ir a la Facultad, incluso estudiar Medicina y estar hoy aquí no bastan para ser médico. El deber de ser médico va de la mano de una palabra clave. Esa palabra —que siempre repito— es el ábrete sésamo de todas las puertas; la verdadera piedra filosofal que transmuta el vil metal de la humanidad en oro. El peor formado entre ustedes se hará inteligente, el inteligente brillante y el alumno brillante, aplicado. Con la palabra mágica en sus corazones todas las cosas son posibles, y sin ella, todo estudio es vanidad y contrariedad. Esa palabra es responsable directa de todos los avances en la medicina de los últimos veinte siglos. Siguiéndola, Hipócrates hizo, de la observación y de la ciencia, la urdimbre y la trama de nuestro arte. Pasados los siglos y con ese mismo talismán, Osler construyó la medicina que hoy practicamos; Halsted, la cirugía; Cajal, abrió puertas todavía entreabiertas, y Avery propició la eclosión de la biología y de la genética moleculares. No sólo ha sido ha sido la piedra de toque del progreso, sino la medida del éxito en la vida cotidiana. La consigna, la palabra clave en medicina es «trabajo». Una pequeña palabra, como les he dicho, pero llena de trascendentes consecuencias, si pueden grabarla en sus corazones y ceñirla en sus frentes.

En *Poesías Casi Completas*, de José Bergamín, leemos:

«Más me hielo si más ardo,
dijo a Eloísa, Abelardo.
No sepamos tan deprisa,
dijo a Abelardo, Eloísa».

Cuatro años por delante son tiempo suficiente para fraguar el deber pretendido de ser médico. Alambicarlo exige un ritmo adecuado. No sepan deprisa. Cuando le preguntaron a Arthur Rubinstein, ya anciano, cómo se mantenía en la cumbre pianística, mencionó tres estrategias ejemplo de sabiduría: abordar pocas obras, ensayar cada pieza insistentemente y, para compensar la pérdida en la velocidad mecánica de la interpretación, introducir más ritardandos antes de los momentos rápidos, de tal manera que el tempo de la interpretación se perciba más rápido de lo que es en realidad. Tómense su tiempo; adminístrenlo con sabiduría.

Pero la enseñanza y la profesión médicas se enfrentan a varios problemas. Entre otros, una grave enfermedad médica merodea entre las sombras de todos ellos. Una enfermedad de la que sólo es responsable la propia medicina y que amenaza a los ciudadanos a quienes debe servir. Comienza en la Facultad, donde prácticamente no recibe atención alguna. Pasada la incubación, florece durante el periodo de especialización en los años de Residencia. Luego, se cronifica. La terapéutica y sobre todo las medidas preventivas, se ignoran, y en el mejor de los casos son inadecuadas. Nos encontramos ante un cuadro típico de «insolencia clínica».

Herbert L. Fred acuñó el término *hyposkillia* —«hipopericia»— para referirse a la deficiencia de habilidades clínicas de los médicos; una patología debida a que sus intereses se centran en la enfermedad y en la técnica, y, más preocupante, de manera obsesiva en la novedad y en la publicación. El contacto directo con el enfermo se relega a un segundo plano. Una situación que queda recogida en un nuevo eslogan: «medicina *high-tech low-touch*». Médicos que aprenden a solicitar todo tipo de pruebas y procedimientos, pero que no siempre saben cuando pedirlos o como interpretarlos; médicos incapaces de hacer una historia clínica o una exploración física bien hechas. Recuerden el Capítulo 8º: «De los Médicos, Cirujanos y Practicantes» de las Ordenanzas y Constituciones para el buen Gobierno y Administración del Hospital General (de la Misericordia) de esta Villa de Madrid, fechadas el día 6 de diciembre de 1589: «Los Médicos tendrán muy gran cuidado con la buena atención de los enfermos [...]», y huyan, sean temerosos de la noticia, añado. En el Hospital tienen, a su disposición, la vacuna; prevengan tan deletérea enfermedad que no es un estado personal sino que trasciende a quienes tienen la obligación de ayudar.

No puede haber investigación, orientada al paciente o a la enfermedad, de calidad sin una clínica sin tacha. Echemos mano del refranero: no pongan el carro delante de los bueyes.

La medina es mestiza. Mestizaje como una defensa de la tolerancia, un respeto e interés por los otros. Mi patria es el país del Toledo de las tres culturas, de las tres lenguas. En otro contexto, *De Calderón y cibercirugía* titulé mi discurso de recepción en la Real Academia Española. Mestizaje en Medicina es realizar una esmerada historia clínica y comprender las bases de la computación mediante ADN, de la imagen molecular, del papel de los genes *hox* en el desarrollo y de la quirobótica, y también haber «leído». Ningún texto médico evoca la experiencia de la enfermedad con la intensidad conseguida, por ejemplo, en las descripciones de Homero de las laceraciones y secuelas de las heridas infringidas por lanzas y flechas en la *Iliada*, el primer tratado de heridas del canon Occidental, o de una herida abdominal abierta —«Le dejé mostrando el sebo, de un revés con el facón»— en *El Gaucho Martín Fierro* de José Hernández Pueyrredón. De la confusión entre demencia y genio en el cerebro de *Adrian Leverkühn*, de Thomas Mann, de la sensación placentera provocada por una enfermedad moderada en *On Being Ill*, de Virginia Wolf, o de las indignidades sufridas por el agónico *Ivan Illich* en las manos de sus paternalísticos doctores.

¿Existe mejor manera de ayudar a que los estudiantes sientan las satisfacciones, las dificultades, las manías y los fracasos del quehacer médico que a través de las descripciones de la especie *Homo medicus*? Pocos retratos de seres humanos son tan mordaces como aquellos de los médicos en los *Epigramas* de Marco Valerio Marcial, en las cartas de Petrarca, en *El dilema del doctor*, de Bernard Shaw, o en *Wonderland*, de Joyce Carol Oates. Por otro lado, pocas personas han sido retratadas con más compasión que el doctor Tertius Lydgate, en *Middlemarch*, de George Eliot, el doctor Bénssais, en *El médico rural*, de Balzac, o el doctor Joaquín Monegro, en *Abel Sánchez*, de don Miguel de Unamuno. Y la literatura toda está plagada de anatomía; bastan de muestra los versos de don Miguel:

Colegio de Cirujanos de España?, el de San Fernando. ¿Leyeron la edición de Antonio Espina y Capo de la *Introducción a la Medicina Experimental* de Claude Bernard? ¿Han recorrido las salas de exposiciones del Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía? Todo ello es parte de nuestra historia. Recupérenla.

En cualquier caso, más de cuatrocientos años de historia,
quadragenti anni de nomine.

Ya sabéis vosotros, que de todos los dones que decía Jenofonte
que compramos a los dioses con el trabajo es,
en el mercado de los valores humanos,
uno de los más costosos el del nombre,
si es de buena ley.

El de HOSPITAL GENERAL lo es.

Disfrútenlo.

Paz y Bien.

Pedro García Barreno
del Hospital General de Madrid